

“¡Queremos una emisora!”

Ana Alejandra Lichilín P.**

Al grupo Raíces de Paz.

Fecha de elaboración: abril de 2005

Fecha de aceptación: 28 de octubre de 2005

Resumen. Se narra la experiencia de un grupo de universitarios que, al entrar en contacto con jóvenes de Altos de Cazucá, sector caracterizado por niveles de violencia altos y constantes, se hallan frente al desafío conjunto de crear, montar y transmitir un programa radial que permita a los jóvenes del barrio expresarse frente a la situación social que se vive en este sector limítrofe entre Bogotá y Soacha. Aunque el proyecto se ve abruptamente interrumpido por un acto de violencia armada, se continúa trabajando, se hace la emisión radial y se descubre que esta clase de actos comunicativos constituyen una experiencia cultural en que el potencial creador de los jóvenes genera respuestas que configuran una forma de acción desde la micropolítica por medio de la tecnología radial.

Palabras clave: violencia social, creación radial, acción comunicativa, experiencia cultural, micropolítica, luchas de resistencia.

“We want a radio station”

Summary. The experience of a group of college students that, when they tried to get in contact with young people from Altos de Cazucá, neighborhood characterized by high and constant levels of violence, they found themselves in front of a challenge of creation, installation and transmission of a radial program that allows the young people from the neighborhood to express themselves about the social situation between Bogotá and Soacha. Even though the project was interrupted because of a violent act, they continued working, and the radial transmission was made and it was discovered that this kind of communicative actions constitute a cultural experience in which the potential of creation of the young people, through radial technology, generate answers that are part of a way of action from the micropolitic.

Key words: social violence, radial creation, communicative action, cultural experience, micropolitics, resistance fights.

Luego de viajar por cerca de dos horas en transporte público se llega a la sede de la organización no gubernamental Fedes¹, cerca del municipio de Soacha, en medio de calles angostas y polvorientas, cuyas casas con servicios públicos precarios parecen escalones que llevan a una montaña erosionada que amenaza con derrumbarse. Allí encontramos a Raíces de Paz de Altos Cazucá², un grupo de jóvenes expectantes y activos que al primer contacto dijeron: “¿Ustedes son periodistas? ¡Nosotros queremos una emisora!” Elaboramos un plan de acciones sencillo: preproducción, producción y emisión, fijamos las fechas y lugares de reunión y emisión, y empezamos el trabajo.

Al lado del deseo juvenil de tener una emisora, se empezó el proceso investigativo: ¿cómo construir una emisora en medio de la presencia de varios grupos

* Este trabajo se realizó en convenio con la Fundación Fedes y Unimedios. Contó con la ejecución de Milena Valero y Jorge Díaz, asistentes de investigación de la Línea de Poder y Espacios Lúdicos de la Escuela, y David Devis Ortiz, coordinador de producción de UN Radio.

** Docente de la Escuela de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Central; pedagoga, magister en Antropología. paramar2@hotmail.com

¹ Fundación para la Educación y el Desarrollo, a la cual agradecemos el soporte institucional a la iniciativa radial de los jóvenes.

² Altos de Cazucá queda en la parte alta de Soacha, a las afueras de Bogotá. En este lugar hacen presencia las diversas fuerzas en conflicto del país: militares, paramilitares, guerrilla, escuadrones de “limpieza social” y delincuencia común. Los jóvenes viven su cotidianeidad bajo la presión y el miedo que generan estos grupos armados en contienda.

armados en contienda?, ¿sería posible emitir los programas sin convertir a los jóvenes en blanco del conflicto?, ¿cómo mantener la energía juvenil y transmitirla, al lado de la depresión que produce una situación económica precaria y un conflicto que atemoriza todos los días? Se contaba con pocos recursos, entonces, ¿cómo utilizarlos para realizar una producción radial básica que les permitiera seguir con el sueño de tener una emisora local? Estas fueron las preguntas más importantes en la intervención.

En el ambiente universitario, algunos quisieron ubicar este proyecto diciendo que era “comunicación para el desarrollo”, “comunicación participativa”, “comunicación-educación”, “periodismo cívico”; otros, menos conceptuales, pero sobre todo menos optimistas de la dura situación del país y del compromiso de las universidades, decían: “es un remedo de Medios para la Paz”, “es trabajo social con herramientas comunicativas”, “pobrecitos esos muchachos que nunca saldrán de ese lugar, no les creen expectativas falsas”, “escojan otro trabajo que ahí nunca van a tener resultados”³, “no sabemos cómo profesores y estudiantes universitarios se meten en esas situaciones sin futuro, habiendo tantos problemas importantes por desarrollar”.

Frente a las demandas de los jóvenes y al ambiente universitario, tratamos de mantener los intereses y problemas de la naciente línea de Poder y Espacios Lúdicos de la Escuela de Comunicación Social-Periodismo, y consideramos que tanto las preguntas de intervención como las inquietudes y apreciaciones generales anteriormente planteadas eran cuestiones fundamentales para pensar el poder y el uso de los medios, la necesidad de una postura lúdica para propiciar una producción de medios creativa y pública, una apertura micropolítica de las subjetividades juveniles, un urgente ejercicio de diseño académico de acciones comunicativas experimentales para atender a este país maltratado por los poderes de todos los bandos.

Los jóvenes de Raíces de Paz tenían un sueño: hablar, expresarse, ser escuchados, tener un lugar público en medio de la pobreza, la mala reputación de los jóvenes del lugar y el miedo de aparecer muertos en las calles cuando cae la noche. Hoy, luego de acompañarlos

en un corto tramo de la realización de ese sueño, considero que lo más importante fue el papel político del lenguaje sonoro en medio de esa difícil situación cotidiana.

Realizar una emisión radial fue fundamental para este grupo de jóvenes, también lo fue la gratificación personal y colectiva de quienes participamos en la experiencia, pero lo más importante fue lo ocurrido cuando grabamos, editamos, mezclamos y emitimos el material sonoro. Ese paso dejó huellas imborrables: una, fundamental, hacer realidad un sueño de un grupo que vive en un mundo rodeado de desesperanza; la más importante, a mi juicio, como ocurre con cualquier sueño, haberlo vivido, cruzar por su espacio mágico y despertar siendo otros. Para quienes pasamos por ese espacio experimental de creación y emisión radial, el mundo no fue el mismo que vimos ayer. Frente a los micrófonos, a los programas de edición digital, al sonido al aire, vimos cómo desaparecieron el miedo a la muerte y el dolor por la fragilidad de esas vidas juveniles amenazadas por la guerra.

En el panorama del país y frente a los debates políticos contemporáneos este tipo de proyectos se tildan de ingenuos y blandos porque se apoyan en la lúdica y la estética para abrir espacios de creación; porque se remiten a una condición *lighth* asociada, frecuentemente, a los medios y tecnologías de la comunicación; se tachan de innecesarios y poco productivos porque no tienen impacto sobre grandes masas de población; además, se desprecian porque intervienen en los niveles micro tanto subjetiva como políticamente. Se los considera intervención y no investigación, porque se plantean los problemas de la acción e intentan responder a condiciones singulares. Hoy, luego de acompañar a estos jóvenes, creo que multiplicar experiencias de resistencia como éstas posee efectos políticos irreversibles y efectivos, cuestión absolutamente necesaria en un país como Colombia.

El acontecimiento

Nuestro compromiso con los jóvenes fue: no hacemos promesas para conseguir y mantener una emisora en el futuro, pero vamos a saber qué es una emisora, cómo se prepara la producción y cómo se emite, qué decir y cómo decirlo. Una vez adentrados en la producción radial, en la realización de las acciones estructuradas

³ Algunos agregaron: “así son siempre esos proyectos de la profesora Analejandra”.

en tiempos y espacios precisos⁴, ocurrió un hecho no planeado en el cronograma de trabajo:

El 19 de agosto de 2004, en el barrio Altos del Pino del sector de Altos de Cazucá a la altura del depósito San Pedro, siendo aproximadamente las 8:50 de la noche, cuatro hombres fuertemente armados interceptaron a 6 jóvenes que venían del barrio La Isla del mismo sector de comprar materias primas para panadería, porque dos de ellos trabajaban en la panadería del barrio El Arroyo.

En aras de evadir la acción de los sospechosos, los 6 jóvenes bajaron por una de las cuerdas del barrio y a una distancia de 200 metros del lugar del primer encuentro, fueron nuevamente interceptados (cancha de microfútbol barrio Altos del Pino) por los mismos cuatro hombres, quienes una vez los tenían en fila y los habían requisado, los obligaron a tirarse al piso uno a uno.

En la acción, el sexto joven observó que uno de los hombres se encontraba armado y le apuntaba al primero de la fila. En ese momento, el quinto joven le dijo que corrieran, y este último se botó cuadro abajo, y el sexto logró escabullirse y no ser asesinado.

Una vez se les informa a algunos miembros de la comunidad del barrio El Arroyo de los acontecimientos sucedidos en el barrio Altos del Pino, un grupo de personas se dirigió al sitio y encontró los cuatro jóvenes heridos con arma de fuego, a la altura de la cabeza, en otras palabras, los jóvenes habían recibido tiros de gracia.

Inmediatamente los cuatro jóvenes fueron trasladados al Hospital Mario Gaitán Yanguas, donde tres de ellos fueron declarados muertos y a uno de ellos le diagnosticaron muerte cerebral y será desconectado en la tarde del viernes 20 de agosto de 2004⁵.

Los viernes siempre teníamos cita con la creación de la emisora, pero el viernes 20 de agosto de 2004 sólo llegamos los de la Escuela de Comunicación de la Universidad Central. La semana siguiente se detuvo el trabajo. Cuando volvimos a ver al grupo, los pocos que asistían lo hacían triste y temerosamente. Habían matado a algunos compañeros del barrio, a los muchachos de la panadería: “Mario Andrés Rodríguez Macías de 20 años, William Rivas Pino de 15 años, Jaime León García de 16 años y Carlos Andrés Garzón Peña de 20 años, habitantes del barrio El Arroyo de Altos de Cazucá Comuna 4 del Municipio de Soacha. Este hecho ocurre a 3 horas de la terminación de la Audiencia Pública sobre la grave situación de derechos humanos del sector de Altos de Cazucá llevada a cabo en el Congreso de la República el 19 de agosto”⁶.

En el papel todo era posible, nuestra planeación parecía exitosa, pero no pudimos hacer nada frente a la muerte. La impotencia y el silencio nos paralizaron a todos: a los jóvenes, a las entidades y a nosotros. Cualquier acción parecía, en ese momento, un paliativo insignificante. Estuvimos a punto de unirnos a las voces de los pesimistas, desencantados e incrédulos posmodernos: “en esta época y con estas condiciones, no hay nada que hacer”. En este momento, los jóvenes ya no querían hablar; todo lo posible, los sueños, sólo significaban frustración e ingenuidad.

Un espacio potencial

Ante la incertidumbre y el desconcierto usamos las ideas de Winnicott⁷ en su formulación sobre *la experiencia cultural*, esa experiencia en que tiene lugar un vivir creador. Según el autor, la primera manifestación de la experiencia cultural es el juego. Fue fundamental poner el acento desde este lugar para reformularnos las preguntas iniciales de la intervención: ¿cómo crear un espacio donde los jóvenes experimentaran el vivir?, ¿qué hace que la vida quiera ser vivida? Al poner en primer plano el papel de la experiencia cultural y establecer el lugar de lo lúdico, inmediatamente destacamos

⁴ La planeación de las acciones incluyó tres fases con sus respectivas actividades: primera fase, preproducción, en que las acciones fueron la configuración del equipo, la revisión y definición temática, el entrenamiento de locutores, la elaboración de guiones; la segunda fase contempló la selección del material sonoro (música, efectos de sonido), la grabación en estudio, la musicalización y la mezcla sonora; la tercera fase se dedicó a la masterización, la emisión, el copiado y la evaluación de resultados.

⁵ Tomado del “Comunicado por el asesinato de cuatro jóvenes en el sector de Altos de Cazucá, Comuna 4 del municipio de Soacha (Cundinamarca)”, elaborado por la mesa de trabajo de ONG y organizaciones sociales de Altos de Cazucá, la Mesa de interlocución, gestión y desarrollo de Soacha y Cundinamarca, FIDHAP y la Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia.

⁶ Transcripción textual de la locución realizada en “UN Análisis” de la 98.5 UN Radio en el momento del suceso.

⁷ D. W. WINNICOTT. 1982. *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa, capítulos 7 y 8.



QUIETUD
(Instalación) Muñeco en bloque de cemento
2004

las preguntas por la vida. Preguntas apremiantes en ese instante, pero, en general, en la actual sociedad colombiana.

Según Winnicott, el juego y, de manera amplia, *la experiencia cultural* ocupa un espacio intermedio, que no se ubica ni en el interior psíquico, ni en el exterior institucional, normativo; se ubica en un “espacio potencial” que no está dentro ni fuera del individuo, lugar donde se experimenta un vivir creador capaz de hacer uso del acervo cultural. Más importante que las herramientas comunicativas o las estructuras de una cultura y sus dispositivos, trabajar con la idea de la creación de un espacio potencial nos abocó a una experiencia donde el vivir debía adquirir sentido, donde el juego y los espacios lúdicos nos llevaban a afirmar la existencia de ese grupo de jóvenes dolidos y atemorizados.

Reemprendimos, entonces, la marcha del trabajo con pocos jóvenes, confiados en la capacidad de usar espacios lúdicos para abrir paso a una zona intermedia donde era posible el vivir creador y restituidor de los lazos resquebrajados por un episodio de la guerra en ese lugar. Entonces, los planes y proyectos tuvieron que rehacerse. En esos días olvidamos la radio y nos dedicamos a jugar, componer canciones de rap, bailar *reggaetón*, hacer ejercicios de ritmo, leer literatura, salimos a conversar con los vecinos del barrio, escribimos y rescribimos cartas de amor y dolor, grabamos nuestras voces y luego las oímos. El trabajo se dirigió a rehacer el grupo, a darle confianza, a acogerlos en un espacio que parecía escapar a las tensiones y los miedos del barrio.

A pesar de que continuamos con el trabajo, nos preguntábamos: ¿de qué manera experimentar un vivir creativo cuando la vida se encuentra permanentemente amenazada?

Volver la vida

Teníamos el compromiso de acompañarlos en sus primeras emisiones radiales, ese era el convenio interinstitucional. Entonces tuvimos que reconsiderar el papel del ejercicio comunicativo, nos vimos obligados a sentar una posición y, por consiguiente, les dijimos: haremos las emisiones de radio a pesar de las dificultades, no importan los problemas sino convertirnos en un problema, en preguntas para otros; emitir no será una vía alternativa, sino una experiencia vital; este trayecto no será la cons-

trucción de un nuevo mundo futuro, esto que tenemos es lo que hay y lo importante es lo que podemos hacer hoy; no nos definiremos por la contradicción, no seremos parte del conflicto, no nos pertenece, sin embargo permaneceremos activos políticamente.

Así, lentamente regresamos al trabajo sonoro, llegaron nuevos miembros, otros nunca volvieron. A pesar del miedo, los invitamos a emitir sus programas, ellos aceptaron a condición de eliminar cualquier denuncia o sentimiento doloroso. Nosotros aceptamos convencidos de que la presencia en la escena pública, sin importar la temática, sería una experiencia vital. Empezamos a reescribir los dolores, a recordar trabajos pasados, a rehacer los guiones y a eliminar cualquier acto que pareciera beligerante o subversivo. Volver a la escritura de los guiones, grabar, escoger la música y los efectos de sonido, pensar en nuevas fechas de emisión ocupó el nuevo plan de acciones.

Por fin llegó el día, nos distribuimos en pequeños grupos, teníamos planeado hablar de rap, de *reggaetón* y de las cosas buenas de Cazucá. Nos sentamos frente a los micrófonos y los jóvenes comenzaron a hablar. Nuestro asombro fue grande al escuchar unas voces valientes y alegres: se refirieron a los repetidos episodios de limpieza social y los distintos grupos armados del sector, sus problemas familiares y amorosos, la delincuencia de sus compañeros de barrio; hablaron de violaciones, maltratos, temores, persecuciones, violencias cotidianas, rencores y dolores escondidos. Hablaron de todo lo que habían intentado mantener en silencio; cumplieron muy pocas de sus intenciones preparadas en los guiones para la grabación.

Ellos y nosotros lloramos varias veces en la cabina de grabación, ellos y nosotros hablamos de lo que siempre callábamos en las horas de trabajo⁸. ¿Qué pasó? No teníamos una explicación inmediata ante tal cantidad de relatos de miedo, alegría y dolor que encontraron un lugar para expresarse; tan sólo fuimos unos buenos compañeros de viaje para romper con el silencio y volver la vida.

Ahora, al repensar la experiencia, al considerarla como punto de partida para un conjunto de acciones y proyectos de la Línea de Poder y Espacios Lúdicos de la

⁸ Por supuesto, no se emitió todo lo dicho, pues emitir la totalidad de las expresiones del momento los hubiera convertido en blanco de los grupos armados del sector.

Escuela de Comunicación Social-Periodismo, los posibles caminos de investigación se dirigen hacia las consideraciones que aparecerán a continuación.

La voz y su conexión con la radio

Cuando vivimos la experiencia, esas voces juveniles parecían inmersas en un juego dramático preescolar que usaba los elementos sonoros para producir la emisión radial: cantaban, bailaban, discutían, planeaban y volvían a planear al interior de la cabina, reían, sacaban sus escritos y los abandonaban, denunciaban, lloraban, conversaban entre ellos; hablaban con el mismo entusiasmo de los anhelos, del peligro de la muerte, del desplazamiento forzado, la limpieza social o la música y el baile.

En ese momento los jóvenes se habían constituido en una máquina de enunciación colectiva, en una comunicación que lograba ponerse fuera del control de los aparatos represivos que se ubican en el sector, también fuera de las difíciles condiciones económicas y afectivas de sus familias. La radio y su conexión con esas voces juveniles fueron el soporte *maquínico* de la acción. Para ese grupo de jóvenes, el engranaje de palabras mezcladas con sonidos, música, testimonios –que por ser tan habituales en el mundo contemporáneo quizá pasen desapercibidos por los oyentes–, adquirió un sentido distinto al del manejo de la información o el entretenimiento: el de la resistencia frente a las situaciones que genera el conflicto y frente a los efectos de pobreza de la actual “globalización”.

Las habituales explicaciones sobre estos fenómenos indicarían que la conexión de estas voces juveniles con la radio configura un espacio de libertad o implica la realización de un proyecto colectivo para mejorar el mundo o crear otro diferente. Nuestras reflexiones al respecto van en otras direcciones. Es, precisamente, la guerra a la que están sometidos estos jóvenes la que imposibilita a los conflictos sociales abrirse como problemas políticos⁹. Los grupos armados de todos los bandos y sus orientaciones funcionan como un aparato que controla las vidas, las limita y les decide su orientación, suponen una disposición de acciones que se hacen manifiestas

al intentar invadir todos los ámbitos de la vida social. Con ello, la guerra se traslada al ámbito individual, cada uno de estos jóvenes padece las condiciones de los enfrentamientos armados sobre su individualidad y queda, entonces, imposibilitado para ejercer su propio poder político como ciudadano. Ocurre una especie de envenenamiento que paraliza y empuja a soportar la soledad y el miedo a la muerte.

En estas condiciones precisas, este grupo de jóvenes tuvo la posibilidad de constituirse como sujeto político con ayuda de prácticas comunicativas radiales y técnicas de producción de sonido. En esta medida, quedamos lejos de las consideraciones sobre el poder como ejercicio de dominación y se dio paso a una experiencia cultural que planteaba el papel del “*cuidado individual y moral*”¹⁰.

Radio y estrategia

La posibilidad de aumentar experiencias de este tipo en sectores conflictivos como Cazucá implicaría la presencia de un conjunto de relaciones de fuerza que se hacen manifiestas al penetrar los ámbitos posibles del ordenamiento social. En tal dirección, para este ejercicio público de producción radial en medio de diversas fuerzas en contradicción, el poder no se convirtió en un problema de posesión, sino que se ejerció como efecto de una disposición particular de los sonidos y su funcionamiento. Mostramos con ello que las relaciones de fuerza no se encuentran localizadas en un único sector o aparato, sino que atraviesan distintas esferas de la vida social, entonces es posible unir las, propagarlas y hacerlas manifiestas. El poder de estos jóvenes se hizo productivo, adquirió carácter creativo; no fue, simplemente, reproductor de las relaciones de dominación atemorizantes, sino que se propagó estratégicamente.

Cuando los jóvenes dicen “¡Queremos una emisora!”, ese deseo no implica una vuelta sobre su identidad como grupo, sino un querer ser escuchados, un abrirse al mundo. Al mismo tiempo, entraña el encontrar una posibilidad de huir de un mundo que les resulta hostil. Las acciones lúdicas que realizamos ofrecieron un aislamiento estratégico que se ponía al margen de las

⁹ Santiago LÓPEZ PETIT. 2002. “La vida como acto de sabotaje”. Revista *Archi-pielago* N° 53.

¹⁰ Ver Michel FOUCAULT. 1996. *Tecnologías del yo*. España: Paidós, p. 60.

condiciones difíciles del sector y el vecindario; la sede de la asociación Fedes fue un lugar donde evadirse eventualmente. Crear este paréntesis en la agobiada vida cotidiana fue definitivo, pues permitía abandonar las necesidades urgentes de subsistencia y supervivencia para ubicarse en el registro del deseo colectivo.

El punto político clave de este trabajo está en el campo de interacciones en el lugar específico, en la singularidad de Altos de Cazucá; allí, los grupos armados pueden incidir sobre la conducta de otros, pero, afortunadamente, nunca de manera total. En esa medida, cuando aparecen experiencias como la que aquí relatamos, no sólo importa el poder que ejercen los grupos armados del sector sobre los pobladores, sino también el poder que tienen los jóvenes para conducirse y cuidarse a sí mismos. En esta perspectiva, es definitivo abandonar las preguntas tradicionales sobre el poder: ¿cómo se ejerce el poder a través de la radio en medio del conflicto? o ¿cómo formar a estos jóvenes libres de los espacios de dominación? Se da lugar, entonces, a nuevas preguntas: ¿qué funcionamiento político se pone en marcha con las iniciativas radiales juveniles? ¿Cómo son las situaciones y las relaciones de fuerzas que se instauran en las experiencias culturales de estos grupos juveniles? ¿De qué manera la voz y sus posibilidades estéticas pueden ser una máquina que agrieta los aparatos violentos?

Ética y sujeto de la experiencia

Los procesos de comunicación a través de las llamadas “tecnologías de la información y la comunicación” son fundamentales en el mundo contemporáneo, pues están ocupando cada vez con más fuerza los lugares de la educación. Conscientes de esta situación, nos opusimos a prolongar un “supuesto” orden escolar o familiar dentro de la experiencia. La experiencia sonora que se creó se planteó compartir un espacio por fuera de la disciplina escolar o del cuidado familiar. No somos ni escuelas ni familias. Esta primera determinación llevó a la consideración del deseo, al querer de los jóvenes, y no simplemente de la realización de acciones placenteras para pasar un rato agradable en medio del miedo o el dolor.

Se apoyó a los jóvenes para pensar un lugar distinto al asignado por las instituciones tradicionales. No se trató de ofrecer un lugar idealizado de protección y cuidado, nos ofrecimos, mejor, como un trampolín. En este ensayo

vital, político, los jóvenes precisaron de la presencia del otro. De un lado, alguien que los escuchara; de otro, un muro de contención frente al miedo.

Al oír hablar a estos jóvenes sobre las dificultades y “lo bueno de Cazucá”, sus planteamientos eran más claros que los de cualquier político sobre las dificultades y necesidades de su localidad, pero tenían escasas posibilidades de exponerlo socialmente y, mucho menos, de participar en las decisiones. Cuando estos jóvenes se lanzaron a lo público a través de la radio no sólo se dieron a conocer como grupo, fundamentalmente se enfrentaron a “*poderes que han centrado su atención en organizar a los individuos bajo las normas y convenciones dominantes y normalizar la forma de su existencia*”¹¹. En esta medida, la tarea de la comunicación no fue, simplemente, suministrar las condiciones técnicas de posibilidad para la experiencia de producción de medios, sino mostrar las indefinidas posibilidades de transformación de un sujeto en la experiencia.

Una experiencia lúdica como la descrita implica una ética en la medida que se constituyen sujetos que no sólo actúan sometidos a la norma o a la dominación, sino que emprenden acciones en torno a la pregunta por la forma de su existencia. Querer emitir para un público y proponérselo como acción, mostrar qué se es, qué se quiere, contrarrestar los temores, descubrir los miedos, no es otra cosa que lo que un sujeto, en su mundo, está dispuesto a aceptar, rechazar o modificar, tanto en sí mismo como en sus relaciones. Pasar por la experiencia de la producción radial para mostrarse, ofrecer miradas y ser escuchados, combatir el miedo y el dolor, “*permite una transformación de la relación que mantenemos con nosotros mismos y con nuestro universo cultural, dicho brevemente, con nuestro saber*”¹². De esta manera, la política se emparenta con la ética y tiene que ver con la cuestión de la forma que se le da al sí mismo y a la vida, así como al tipo de reflexión que se practica sobre ella.

En consecuencia, este grupo de jóvenes como sujetos de la experiencia se hicieron sujetos políticos: un sujeto

¹¹ “Contra la norma está la forma que el individuo le da a sí mismo [...] Se desarrolla en oposición a la intervención de un poder individualizante, así como en contra de una identidad individualizada. Un individuo se convierte en un yo que se constituye a sí mismo”. *Ibidem*, p. 206.

¹² Wilhelm SCHMID. 2002. “En busca de un nuevo arte de vivir. La pregunta por el fundamento y la nueva fundamentación de la ética de Foucault”. Valencia: Pre-textos, p. 217.

que se da forma a sí mismo y que se abre a la experiencia¹³. ¿Cuál fue nuestro papel frente a estos jóvenes que se asumen como sujetos políticos? Indudablemente, acompañarlos, decirles “hazlo conmigo”.

La vitalidad de la micropolítica

No sólo en Cazucá, en amplias regiones colombianas y en numerosos lugares del mundo, el exterminio de poblaciones, el genocidio, “la limpieza social”, las masacres, están a la orden del día. Unos grupos se abrogan el derecho de decidir quiénes mueren en nombre de la supervivencia de otros, en nombre de la humanidad, del bienestar común, de la permanencia de las instituciones y sus leyes. En este caso particular, la inminencia de la vinculación a un grupo armado frente a la polarización de las posiciones y de la pobreza, y la acción de la “limpieza social” sobre grupos de muchachos que circulan en las calles de los barrios independientemente de los grupos armados del sector, se vuelven necesarias para el ejercicio del poder.

En las difíciles condiciones de Cazucá, la vida en común no tiene, hoy y aquí, la riqueza que podía tener en otros momentos y en algunos lugares de origen de esos jóvenes. Su agrupamiento es una especie de comunidad artificial que busca afanosamente cualquier participación en la vida pública, bajo los ideales de los derechos humanos impuestos por grupos activistas ubicados también en la zona. Entonces, se hace necesario hacer contrapeso al miedo cotidiano a la muerte y combatir el empobrecimiento de las condiciones locales y de la calidad de los intercambios, pues ese empobrecimiento se hace igual a la muerte.

Ante situaciones como esta, las luchas no pueden seguir siendo impulsadas por la reivindicación y la denuncia, la oposición a los patrones, a la explotación, a la segregación étnica o racial o la crítica a las instituciones, propias del siglo pasado. Las luchas de estos jóvenes son luchas contemporáneas en la medida que sus efectos se sufren colectiva, sistemática y masivamente, pero se viven cotidiana e individualmente; son luchas en con-

tra de esos poderes locales que intentan determinar el transcurrir de la vida cotidiana, los atuendos personales, las posibilidades de caminar, circular por el barrio, reunirse para bailar o hablar con los amigos o parientes. Foucault las llama luchas de sujeción, ante las cuales las posibilidades están en los procesos de subjetivación, es decir, de abandono de las sujeciones impuestas de forma violenta.

Según Édgar Garavito, “*las luchas contra la sujeción ya no girarían tanto en torno a ese principio clásico de la identidad y de no contradicción*”, sino que se plantean la resistencia soportada por el principio del tercero excluido; son luchas que se plantean como centro: “*la vida, el poder vivir [...] Es la vida la que resiste. [...] La vida existe antes de los ejercicios de poder y, en ese sentido, la resistencia no es reactiva, la resistencia es anterior al propio ejercicio del poder, al propio poder, en este caso, la vida existe antes que los poderes que tratan de controlarla*”¹⁴.

Tal como lo experimentan estos jóvenes de Altos de Cazucá, lo fundamental no son los derechos humanos permanentemente violados por todos los bandos, sino la protección y conservación de la vida que emerge a pesar de los embates cotidianos de cualquier grupo armado ubicado en la zona. Para estos casos, el poder es, ante todo, una fuerza vital. Fuerza minoritaria en la medida que se ubica en los comportamientos efectivos de la vida cotidiana.

Al considerar el trabajo que se adelantó en Altos de Cazucá, no se trata de idealizar la acción de la radio o la producción sonora y sus tecnologías digitales, sino de considerar el papel que juega en relación con la particular forma de vida de estos niños y jóvenes, que, en este caso, consistió en recuperar la alegría de la participación en una verdadera tarea colectiva y pública a pesar de la inminente amenaza de la vida. La vitalidad de la micropolítica y sus luchas de resistencia está, precisamente, en que la presencia pública de estos jóvenes configura unos sujetos que se ubican por fuera de los instrumentos y aparatos de poder centralizadores, en la fuerza de la vida que resiste.

¹³ “Partiendo de la experiencia cabe abrir el camino a una posible transformación, a una metamorfosis que no es estrictamente individual, sino también accesible a los demás. Esto quiere decir que la experiencia tiene que hacer referencia, en cierto modo, a una práctica colectiva, a un determinado modo de pensar”. SCHMID, *ibidem*, p. 222.

¹⁴ Édgar GARAVITO. 2000. “¿En qué se reconoce una micropolítica?”. *Revista Nova & Vetera*, No. 41, Bogotá, pp. 55-58.

¿Qué puede seguir?

¿Es posible continuar con un proyecto como este? En otras palabras, ¿cuál es el papel de la academia frente a esta situación, particularmente, la de una línea de investigación que se plantee los problemas del poder respecto de la comunicación? No se trata de denunciar lo que ocurre con la opresión, la amenaza o los atentados diarios contra la vida. Tampoco se trata de ocupar la voz de quienes no la tienen o no la pueden dar a conocer, para representarlos. El papel de la academia y sus investigaciones tiene que ver con el impulso al curso activo de las luchas de resistencia alrededor de los ejercicios del poder en los espacios microcotidianos y, junto a ello, con el abandono de la intervención sobre el orden social desde posiciones representativas de prestigio otorgado por el saber.

Si hoy ya los intelectuales no son los portadores únicos del saber y la verdad, ellos hablan desde los lugares donde están situados, lo cual implica formar parte de la emergencia de las nuevas subjetividades contemporáneas. Subjetividades indefectiblemente unidas a la producción de experimentación desde la palabra, el sonido, la imagen y sus redes de navegación y comunicación.

Contemporáneamente, los posibles tienen la dificultad de contener esperanzas caducas. Creo que ya estamos cansados de encontrarnos a la espera de un mundo mejor. En su lugar, en este trabajo, entendimos que al intentar obligar a la vida de unos jóvenes activos a convertirse en proyecto para mejorar el mundo, nos encontramos con que los jóvenes, sus vidas y sus condiciones nos obligaron a recorrer un trayecto vital de experimentación sonora. ■

Diálogo del conocimiento

“¿Queremos una emisora!” es un texto que recorre el deseo que emerge en el encuentro entre jóvenes de una zona de frontera entre Bogotá y Soacha y otros que hacen parte de un curso universitario de comunicación. Entre ellos está la radio como medio, no solamente técnico, sino ante todo de expresión y percepción. Se trata de una experiencia puntual, que por eso logra acomodarse en el interior del texto. Pero ese acontecimiento, al ser pensado, logra algo que va más allá de esta experiencia y que por lo mismo puede aportar a muchos otros proyectos y procesos comunicativos y educativos. El aspecto más importante es quizá el poder. Si bien la autora lee su práctica con dicho concepto, su reflexión contribuye a interpretar cualquier situación cotidiana en la cual nos vemos sometidos a ciertas fuerzas, leyes o discursos. Descubrir y agenciar esos otros lugares mínimos, esos espacios imperceptibles, es lo que nos puede llevar a nuevas formas de comunicación y acción social.

El poder es precisamente uno de los aspectos más importantes en las discusiones académicas y políticas contemporáneas; la pertinencia del artículo consiste en vincular esta problemática con la práctica del lenguaje de los jóvenes. ¿De dónde emerge el deseo de la expresión? ¿Cómo es la relación con lo público? ¿En qué medida se construyen nuevos sentidos y significados? Son algunos de los interrogantes que surgen con esta experiencia. Todo ello cobra relevancia en la medida en que es la propia historia de los sujetos la que está en juego, cuando los universos que la constituyen toman forma en el lenguaje.

Fernando González S.